

La *Carta* suscitó mucha controversia en Italia, pros y contras. Solo Pasolini los reunió en sí mismo (con indignación de los barbianeses). Era comunista, poeta y novelista, crítico literario y cineasta famoso, homosexual, un *divo* de la cultura laica. Tras medio siglo, aún cifra los elogios y la crítica. Nos hará pensar

La cultura campesina de la escuela de Barbiana


Pier Paolo Pasolini *

Haré una breve historia de mi lectura de la Carta a una *professoressa*. Me dirigí constantemente a los chicos de Barbiana.

Como nos pasa siempre ante un libro que sabemos por instinto que alcanzará gran interés, no tuve la paciencia de comenzar por la primera línea y empecé a hojearlo impaciente por aquí y por allá.

Algunas frases me irritaron ligeramente. Os leo dos muy breves: “Es el sistema que emplean los americanos para crear las diferencias entre blancos y negros”. Otra: “Habla sin mirarnos. Quien enseña pedagogía en la universidad no tiene necesidad de mirar a los chicos”. Y una tercera: “Luego, vieron que las demás páginas de anatomía también eran bonitas”.

Esta ligera irritación inicial respondía a las mismas razones, aunque contrarias, por las que se irritan mis jóvenes amigos ante palabras difíciles; me enojaba la excesiva facilidad de las palabras, cierto *neo-pascolismo* [G. Pascoli 1855-1912]. Leyendo el libro, la irritación inicial se atenuó del todo, hasta verme sumergido en uno de los libros más bellos que yo haya leído en los últimos años: un libro extraordinario incluso por razones literarias. Y además, hay en él una de las definiciones de la literatura más hermosas que yo haya leído nunca, es



El libro me ha gustado inmensamente... es uno de los libros más bellos que yo haya leído en los últimos años...

decir, la poesía sería un odio que una vez profundizado y clarificado se transforma en amor.

El libro me ha gustado inmensamente, por atraparme de continuo entre carcajadas – verdaderas, físicas, conmigo mismo – y constantes brotes de emoción en la garganta;

cosa muy rara al leer un libro. Es la sensación de los libros que vuelven a descubrirnos algo con virginidad y novedad, y producen un vértigo de libertad al juzgar el mundo que nos rodea.

Como me pedían un examen del libro sobre todo lingüístico, quise compararlo con otras obras y escritos de similar idealismo para releer la realidad desde un punto de vista determinado; y me acordé de los escritos del papa Juan y de Pablo VI. En Juan XXIII y en Pablo VI noto una profunda y exacta disociación de personalidad: en privado escribían de cierta manera y, en público, de otra. Quisiera confrontar una página del *Diario del alma* con otra de la *Pacem in terris* [de Roncalli]. En el *Diario del alma* tenemos el estilo neo-pascoliano, demasiado dulce, catequístico, mucho más arcaico que el usado por Juan XXIII; es decir, toda su educación campesina y su modo de ver el clero y a Cristo contaminados por cierto sentimentalismo y romanticismo pequeño-burgués. Pero en cuanto escribe una encíclica, todo eso desaparece de golpe y tenemos frases absolutamente simples, sin edulcorar y sin ningún sentimentalismo; llegan a la precisión y a la evidencia que sólo alcanza un lenguaje especial, claro en extremo. Lo mismo vale para Pablo VI, en otra clave; elijo una frase donde leer lo atrasada que está su cultura general, respecto de su cultura específica de hombre de iglesia; es genérico y con cierto mal gusto en sus preferencias literarias y en su forma de relacionarse con los otros y con la vida. Todo eso desaparece cuando escribe *Populorum progressio*.

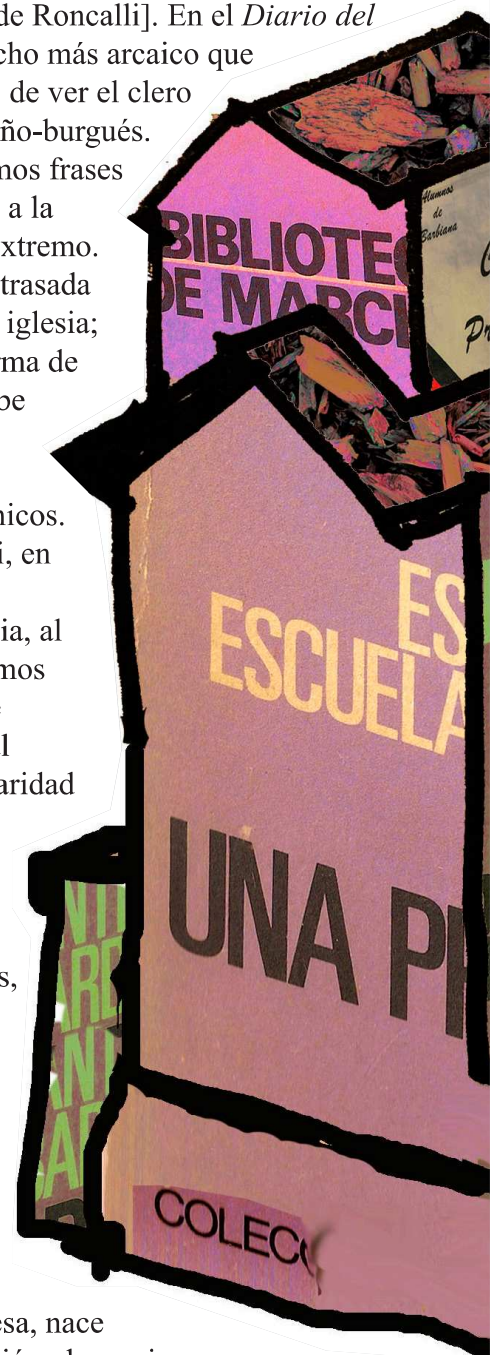
Me parece que para poder ser avanzado, un católico no tiene necesidad de esa disociación, porque ahí está don Milani y ahí están sus chicos. Juan XXIII y Pablo VI resultan primitivos respecto de don Lorenzo Milani, en quien tal disociación, en una lectura caliente del libro, no se advierte.

Mi mayor entusiasmo por este libro es que sea el único caso en Italia, al menos ante mis ojos, en llevarnos a un punto de calor y de nivel que hallamos en el mundo, por ejemplo, en la nueva izquierda americana, especialmente neoyorkina, o al otro lado de la tierra, en la revolución cultural china. Igual fuerza ideal, absoluta, total, sin compromisos; lo que, en el país de la vulgaridad [qualunquismo] me llena de alegría.

Ahora debo hacer alguna crítica y me dirijo directamente a los chicos de Barbiana. Al acabar la lectura del libro, el entusiasmo – que, de todas formas, se mantiene igual – disminuye y alguna duda, de las iniciales, retorna: la disociación entre una lengua y otra, o sea, entre un contenido y otro, asoma algo al acabar el libro.

Es por una pregunta que, me parece, los chicos de Barbiana no se han hecho. A pesar de su esfuerzo generoso, conmovedor y único en Italia en búsqueda desinteresada de la verdad, la pregunta es: ¿en qué consiste la cultura de la profesora, a la que escriben?, es decir, en qué consiste y dónde nace la cultura pequeño-burguesa. Si se hubieran hecho esta pregunta y la hubieran profundizado, tal vez se darían la misma respuesta que yo me doy ahora: la cultura de la profesora, la cultura pequeño-burguesa, nace del mundo campesino: es decir, en un primer momento de la industrialización – hace cien años en Francia e Inglaterra y veinte en Italia – la burguesía de los países industrializados mantiene, como moral y conjunto de esquemas morales, la moral del mundo preindustrial, es decir, del mundo campesino y artesano. Por eso, decimos siempre que la cultura de la pequeña burguesía de los países paleo-industriales, es decir, de los países que empiezan su industrialización, es provinciana.

Ya dije que este libro es la única obra en Italia cercana a las obras de la nueva izquierda americana – que noto parcialmente aludida en el libro, en la bibliografía ideal de don Milani – o también a la cultura de la revolución cultural china. El contenido ideal – incluso violentísimo y, en ciertos momentos, maravillosamente terrorístico – de los chicos de Barbiana, se sumerge y toma forma,



en cambio, en un esquema propio de la moralidad campesina, convertida en pequeño-burguesa por la profesora a la que se dirigen. Quiero decir que su nuevo contenido, con una violentísima carga de novedad que entusiasma, al rellenar algunos viejos moldes campesinos pequeño-burgueses, pierde parte de su explosividad y envejece ligeramente.

Pongo tres ejemplos de este envejecimiento de la novedad de vuestro libro contra la escuela italiana. **Primero**, consideran aún – no sé si a sabiendas – que los tabúes sexuales son la única posibilidad de progreso. De hecho, y puede que sin saberlo, a los enseñantes se les propone un celibato para toda la vida o hasta una edad muy avanzada; exactamente lo que pide Mao a sus ciudadanos.

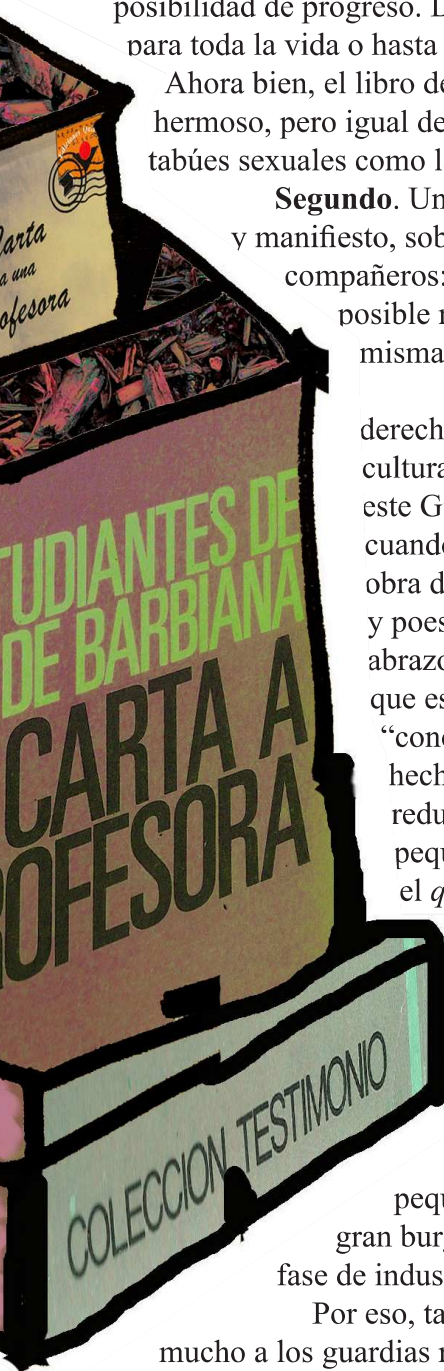
Ahora bien, el libro de los chicos de Barbiana es bellissimo, pero hay otro libro, tal vez menos hermoso, pero igual de interesante: Marcuse, *Eros y civilización*. Ya no podemos considerar los tabúes sexuales como la única y sola posibilidad del progreso en civilización.

Segundo. Un cierto moralismo, maximalista diría yo, al que antes aludí como terrorismo, y manifiesto, sobre todo, en unas cartas que los chicos escriben desde el extranjero a sus compañeros: cierta actitud hacia el otro sexo. Es decir, la única vez que se habla de posible matrimonio o noviazgo, se dice con una *figliuola* [hijita] sin más, pero con la misma palabra usada por sus padres y que implica cierto sado-masochismo.

Tercero, cierto reduccionismo, que los chicos de Barbiana ya no tienen derecho a invocar, liberados ya de cierta fase de su vida privada y de su formación cultural. Por ejemplo, en cierto momento escriben: “Yo no sé quién puede ser este Gide”; o ven feísima la traducción de la *Iliada* de Monti y la *Eneida* de Caro, cuando en realidad son bellísimas, es decir, bellísimas en cierto modo complicado, obra de grandes manieristas, y el manierismo también es una expresión de arte y poesía. Vuestro maravilloso idealismo – que suscribo de lleno y cuya causa abrazo entera – corre el peligro, en el ápice de su tensión y cuando esperamos que estalle, de replegarse de repente sobre algo que me gustaría definir como “concreto idealista”, es decir, quiere reconducir siempre al lector a momentos, hechos, situaciones y actos rigurosamente concretos y prácticos. Es el típico reduccionismo de la famosa moralidad campesina, después convertida en pequeño-burguesa en la fase paleo-industrial; la que da en Italia como producto el *qualunquismo* [populismo vulgar], palabra espantosa para decíroslo a vosotros, pero que espero la toméis con inteligencia, con la conciencia completamente abierta.

Si todavía tenéis a la espalda ese tipo de cultura – sobre la que no os habéis hecho las preguntas esenciales y sustanciales –, está claro que vuestra posición se aparta de la nueva izquierda americana; me refiero a los más grandes, a los más idealistas de la nueva izquierda americana. Quiero decir que la nueva izquierda americana no tiene a su espalda la pequeña cultura provinciana pequeño-burguesa italiana, sino la cultura de una gran burguesía en una nación industrializada hace más de un siglo, es decir, ya en la fase de industrialización total.

Por eso, tal vez vuestra posición se parezca más al maoísmo: de hecho, se parece mucho a los guardias rojos; también ellos vienen directamente de los campos, y si no han usado el azadón, lo ha usado su padre hace cinco o diez años, y vienen directamente de los campos y con los mismos problemas. Ya sé que sobre vosotros hay otras superestructuras y hábitos mentales, pero en sustancia vuestra posición es muy similar. Basta observar un detalle: mientras en el rigorismo idealista, terrorístico, de los guardias rojos de Mao, está detrás toda entera una nación campesina, detrás de vosotros no hay más que un momento de una sociedad: el momento campesino. El mundo campesino, que en China todavía es el *Mundo*, en Italia se ha convertido en un mundo cercado. Mientras la revolución cultural la exige el hambre de cultura de campesinos que, por ello, son capaces de hacer *tabla rasa* de cualquier tarea cultural, pues – como dice Mao – los campesinos son absolutamente



vírgenes y, si la revolución cultural procede de una cultura campesina nacional, vuestra revolución y vuestra contestación son, en cambio, producto de un mundo provinciano. De ahí que lo específico del mundo campesino se os queda, en parte, en algo particularista y parcial.

Creo que ahora tenéis que dar un paso más hacia la liberación completa; y lo digo por vosotros, que habéis escrito el libro, y por quien lo ha leído; quien no lo haya leído ignora quién es *Gianni*. Gianni sería la oveja negra de la escuela de Barbiana: rechazado por otra escuela, se vino a ésta, pero tampoco le dio por estudiar, aunque volviera después a colaborar y ayudara mucho. Gianni representa el mundo campesino italiano – ya tocado por el neocapitalismo lombardo – y es paisano de los indios, de los africanos y de los sudamericanos; pero todo esto en su inconsciencia, la misma que a vosotros, sin querer, os turba profundamente y, en el fondo, la idealizáis y la amáis, porque sobre todo lucháis por él. Pues bien, poned en vuestra consciencia lo que él lleva en la inconsciencia, es decir, dáos cuenta de que el mundo campesino del que venís está circunscrito, es parcial y particular, y debéis superarlo en todos sus fenómenos.

Acabáis el libro diciendo a la profesora que os váis a presentar a los exámenes de repesca (y estoy seguro de que os volverán a suspender), pero le pedís que cambie así su examen:

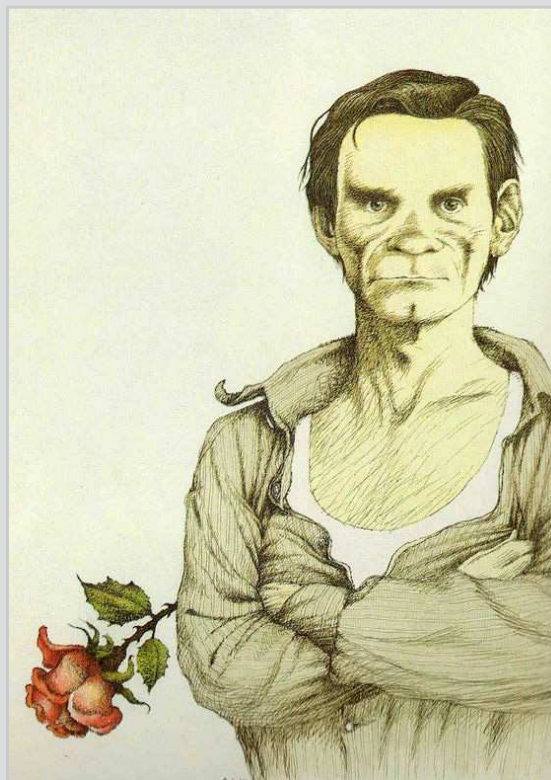
“En pedagogía os preguntaremos solo por Gianni. En italiano, que nos contéis cómo habéis hecho para escribir esa hermosa carta. En latín, alguna palabra antigua que diga vuestro abuelo. En geografía, la vida de los campesinos ingleses. En historia, los motivos por los que se bajan los montañeses al llano. En ciencias nos hablaréis de los *sormientos* – y no de los sarmientos, como se dice en italiano puro – y nos diréis el nombre del árbol que hace las cerezas”.

Yo cambiaría vuestra propuesta por la siguiente: “En pedagogía os preguntarán solo por Gianni, (sí, por vuestra relación con él y además con ayuda del psicoanálisis); en italiano, que nos contéis cómo habéis hecho para escribir esa hermosa carta, (y cómo ha hecho Gide para escribir una de sus páginas); en latín, alguna palabra antigua que diga vuestro abuelo (y yo,

que leáis a Virgilio en latín, ya que no os gusta la traducción de Caro); en geografía, la vida de los campesinos ingleses (sí, digo yo, y también la de los chinos); en historia, los motivos por los que se bajan los montañeses al llano (y qué pasará cuando sea total la industrialización de los campos); en ciencias nos hablaréis de los *sormientos* y nos diréis el nombre del árbol que hace las cerezas (pero conscientes ya de que ésa es una realidad fosilizada)”.

Y para restablecer el equilibrio, quiero subrayar ahora lo dicho al principio. Y para terminar que, a lo mejor, os ha desilusionado mi intervención no sólo por su crítica violenta, sino puede que también por su desorden e improvisación. Pero ya conocéis el lema maravilloso de la nueva izquierda americana: hay que echar el propio cuerpo en la lucha. Pues bien, pensad que, más que a hablar, yo he traído mi propio cuerpo.

* Su intervención oral en la Casa de la Cultura de Milán el 17 y 18 de octubre de 1967, junto a los autores de la *Carta* y otros intelectuales en: *Momento* (gennaio 1968) 58-61. Traducción de *Educar(NOS)*.



Caricatura de Pasolini por Tullio Pericoli